CUENTO N° 177

TÍTULO: LA BRUJA

SEUDÓNIMO: EUSKAL

LA BRUJA Euskal

En una tórrida tarde de verano, Jacinta y Olivia, ambas de 10 años, jugaban encaramadas en la cima de una pandereta de ladrillo. Aún vestidas con el uniforme del colegio, y premunidas cada una de un palillo con un cordelito en la punta con forma de lazo, buscaban atrapar lagartijas, las que a esa hora disfrutaban del sol y mecían sus cabezas venciendo la gravedad con sus garras bien inmersas en las pequeñas grietas de la mampostería caliente expuesta al inclemente sol de verano.

Jacinta, notoriamente más hábil, introdujo suavemente el lazo en la cabeza de un de las lagartijas, ésta, impávida, no reaccionó ante la aviesa trampa de la niña. Una vez que el lazo estuvo bien firme alrededor del cuello del pequeño lagarto, la pequeña lo jaló fuertemente atrapando al reptil que se mecía como un pescado pendiendo de la caña de un pescador. Sonriendo mostró su presa a Olivia quien frustrada trataba de emularla sin éxito logrando solo que las lagartijas corrieran a esconderse.

Encuclilladas al pie de la pandereta, entre maleza y yuyos secos, Jacinta sacó del bolsillo de su vestido escolar una caja vacía de fósforos. Los ojos de Olivia brillaban por curiosidad e incipiente morbosidad.

La pequeña verduga cogió firmemente la lagartija por el cuello, la ubicó sobre una piedra y con otro peñasco afilado, que tenía consigo, procedió a cortarle la cola,

soltó al animalito que huyó por el pastizal, y luego guardó la cola del pequeño reptil en la cajita. La cola se movía y se enroscaba. Tienen vida propia –advirtió Jacinta a Olivia que la miraba horrorizada.

Jacinta corrió a su casa, emplazada en una solitaria campiña. Al llegar encontró a su madre haciendo labores en la cocina.

–¡Madre, madre! –gritó alborozada Jacinta, –¡quiero mostrarte algo!

Acto seguido la niña sacó de su bolsillo la cajita y la abrió, dentro, la cola aún se movía.

–¿Qué es eso? –gritó la madre espantada.

La cola de una lagartija –dijo secamente

Jacinta-. –¡Yo se la corté!

La madre, espantada, atinó a decirle muy airadamente, ¡BRUJA, BRUJA¡, es lo que eres, vete al escritorio de tu padre y no salgas de allí hasta que él llegue. La madre ocultó la cara entre sus manos sollozando.

La niña, imperturbable, se sentó en el sillón del escritorio de su padre, profesor de arte, que tenía una surtida biblioteca. Ya había escuchado antes esa palabra... ¡bruja!, de los labios de su madre.

Estaba acostumbrada a las iras de su madre y también a ese singular castigo de confinamiento en la biblioteca de su padre. A ella le gustaba ese lugar lleno de libros e imágenes. Ya llegaría su padre y la trataría cariñosamente diciéndole ...no hagas enojar a tu madre.

Fijó su mirada en un libro que le era muy familiar, en cuyo lomo resaltaba estampado el título Las Brujas de Durero y Goya. Lo conocía bien, lo puso en su regazo y comenzó a ojearlo...

Era un gran libro con muchas ilustraciones, muchos paisajes coloridos que, de pronto, se tornaban grises y violáceos, grandes árboles añosos, secos y retorcidos, con enormes y espeluznantes pájaros negros posados en sus ramas.

La niña sintió un leve viento helado sobre su cara proveniente de una de las imágenes del libro.

Una risa chillona inundó la biblioteca, una fea cara verdosa con una enorme nariz surgió del libro abierto.

Jacinta no tenía miedo, le agradaba todo aquello y poco a poco se sentía

transportada a este paisaje tenebroso en que esos grandes pájaros negros, como cuervos, pululaban por doquier emitiendo graznidos. Al final de un camino, envuelta en una suave niebla, estaba aquella bruja sentada sobre el tronco de un árbol caído, moviendo sus grotescas manos la invitaba a acercarse, sosteniendo en una de ellas una lagartija sin cola. Jacinta sin temor alguno se acercó a ella. Acto seguido, la bruja tomó la mano de la niña y, poco a poco, ambas comenzaron a elevarse, al principio levitando y luego desplazándose con rapidez. A su paso el verde pasto de la campiña se tornaba seco y amarillo, los perros aullaban, los caballos se encabritaban, las vacas corrían juntas a esconderse y las gallinas en los gallineros cacareaban estridentemente.

La bruja y la niña detuvieron su vuelo sobre la casa de la profesora de Jacinta a la que ésta odiaba profundamente. Por la lucerna, sobre el tejado, la podían ver ordenando libros y cuadros que eran muchos y bellos. De pronto, al lanzar la bruja un fuerte chillido, todos los cuadros cayeron al piso, rompiéndose. Jacinta y la bruja emprendieron nuevamente el vuelo y se detuvieron frente a la casa de una compañera de Jacinta, a la que también odiaba por ser el objeto de sus constantes burlas.

Nuevamente, un grito de la bruja hizo estallar los vidrios de todos los ventanales de la casa, luego de lo cual decidieron volar de regreso a la casa de Jacinta. Desde el jardín vieron y escucharon una discusión entre sus padres. ¡No la soporto, no la soporto, no la soporto, le tengo miedo! –gritaba la madre. Estas palabras taladraron el alma de Jacinta.

Jacinta se quedó dormida esa noche en el sillón de la biblioteca de su padre. Éste, de regreso en casa la tomó en sus brazos para trasladarla al dormitorio. La niña, abrió los ojos y lo miró cariñosamente. Poco después, desde su cama escuchaba la discusión que ya era habitual entre sus padres: –¡Tienes que sacar esos sucios libros de tu biblioteca, ella está obsesionándose, le están haciendo muy mal!

–¡Te estás comportando como una verdadera bruja con la niña, –-escuchó decir a

su padre! –Esto tiene que terminar! ¡Debemos separarnos! ¡Esto no da para más! ¡Yo me llevo a Jacinta! –¡Haz lo que quieras! ¡Haz lo que quieras! –-respondió la madre.

De pronto, la niña sintió el portazo proveniente del cuarto matrimonial Escuchó el ruido del motor del auto de su padre al encenderse y vio, desde su ventana, cómo se alejaba por el sinuoso camino terroso.

A pocas horas de haberse marchado el padre, la mujer escuchó ruidos diversos provenientes del escritorio, presurosa fue al dormitorio de Jacinta, pero no la encontró allí. Se dirigió alarmada a la biblioteca y vio con espanto que la ventana estaba abierta, el viento y la lluvia mecían las cortinas y éstas golpeaban el mobiliario cercano, eso era el origen de los ruidos. Jacinta tampoco estaba aquí.

De pronto, la lluvia cesó, la madre se acercó a la ventana y miró hacia afuera, había una claridad tenebrosa producida por la luna llena de un amarillo intenso, un arcoíris nocturno la rodeaba en forma de anillo. Sobre la cerca de madera de la aislada propiedad, estaban posados gran cantidad de mirlos de un negro brillante. Estaban inquietos y emitían un canto melódico entre silbidos y gorjeos; habían abandonado la luz diáfana del día por las tinieblas de la noche. La madre aterrada fue hacia la puerta de acceso de la casa y salió al exterior, nuevamente el viento arreció arrancando las hojas secas de los árboles provocando un torbellino de hojarasca.

El sinuoso camino que unía la casa con la campiña parecía una cinta terriza tenuemente iluminada. De pronto, la mujer creyó divisar muy a lo lejos a un par de siluetas, una, la de un ser adulto, la otra, pequeña, era sin duda la de un niño, iban o venían de la mano, no podía saberlo.

Su corazón palpitaba con violencia y armándose de valor dirigió sus pasos hacia esas figuras. Su andar era primero, de pasos rápidos, luego, corría angustiosamente, no podía acercarse a ellas por mas empeño que hacía.

Finalmente, logró unirse a ellas, esas dos personas detuvieron su andar y la

miraron. La pequeña era sin duda alguna Jacinta, la reconocía, le tendió sus brazos y la pequeña no reaccionó, la miraba indiferente. La persona adulta que la acompañaba la tenía firmemente asida a su cuerpo con un grueso cordel de cáñamo, era una mujer muy vieja y de horroroso aspecto, encorvada y greñosa. La madre se abalanzó sobre la vieja y forcejeó hasta liberar a Jacinta arrancando de sus manos el áspero cordel con que la mantenía sujeta.

Abrió sus ojos y lo primero que vio fue a su marido que tiernamente le acariciaba el rostro, a su lado, Jacinta la miraba con sus grandes ojos desencajados.

–Volviste a tomar esas pastillas, querida mía –susurró su marido–. Costó mucho despertarte de esa pesadilla.

La mujer tomó cariñosamente la mano de la niña y se percató que el grueso cordel de cáñamo seguía atado a su muñeca.

////////////////////////////////